

Newton Compton Editores

Título original: *The Teacher of Auschwitz*

© 2025, Wendy Holden. Publicado en inglés en el Reino Unido por Zaffre, un sello de Bonnier Books UK Limited.

© 2025, de la traducción por Noelia Pousada Lobeira

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-88-8

Código IBIC: FA

DL: B 16.335-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en marzo de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Wendy Holden

El profesor de Auschwitz

Traducción de Noelia Pousada Lobeira



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

*Para Zuzana Růžičková,
que fue la primera en hablarme de Fredy*

Prefacio

Esta es la historia de un ser humano extraordinario que alumbró con su luz algunos de los rincones más lóbregos del Holocausto. Fruto de un riguroso trabajo de investigación, algunas escenas y personajes se han inventado en aras de la narración y el dramatismo. No obstante, la escala temporal de los acontecimientos se atiene a los registros que se conservan.

Una persona no se olvida hasta que
su nombre cae en el olvido.

EL TALMUD

Prólogo

Me llamo Alfred Hirsch, aunque mis amigos me llaman Fredy. Por favor, ten la amabilidad de recordar mi nombre, que significa «ciervo» en alemán. Como un ciervo, llevo huyendo casi toda mi vida.

Hoy la caza de Fredy Hirsch terminará con una muerte. No temo por mi vida, sino por la de los niños que están a mi cargo. Me he entregado de lleno a ellos desde que el mundo comenzó a arder en llamas y tiemblo al pensar en lo que podría sucederles.

Me llamo Fredy Hirsch. Tengo veintiocho años. Soy profesor, soy soñador, soy más que un número, y tampoco me identifica el triángulo amarillo que me han obligado a llevar.

Me llamo Fredy Hirsch y he hecho lo posible para conservar algún vestigio de normalidad y decencia en este mundo infernal. He amado, he reído, he llorado y he estado a punto de morir mil veces.

Me llamo Fredy Hirsch. Soy un buen hombre. Por favor, ten la amabilidad de recordar mi nombre...

Capítulo 1

Septiembre de 1943

–*Alle raus! Raus!* –nos gritaron los nazis a bayoneta calada en cuanto se abrieron las pesadas puertas del tren.

Entonces, una ráfaga de aire penetró en el fétido vagón en el que viajábamos y todos nos mareamos. Sus perros de ataque tenían espuma en la boca, tiraban de las correas y saltaban como si tuvieran ganas de mordernos. Los oficiales de las SS nos fulminaron con la mirada cuando salimos, jadeando y cegados por la luz de la mañana, y suplicamos que nos dieran un poco de agua.

–*Voda! Wasser, bitte!*

Nos empujaban desde atrás, nos tiraban al suelo, y nosotros dábamos brincos o caíamos si nos fallaban las rodillas: no nos recibieron con un vaso de agua, sino con el caos.

Habían pasado tres días y tres noches de tormento desde que habíamos abandonado nuestro gueto en Checoslovaquia y, por fin, acabábamos de llegar a nuestro destino. Durante aquel viaje desesperado, claustrofóbico, tuvimos que hacer nuestras necesidades encima, mientras los demás derramaban lágrimas o se aferraban los unos a los otros en silencio. Algunos ancianos fallecieron. Las madres cantaban nanas a los bebés que lloraban y los adultos perdían la cabeza.

Mientras nuestro ataúd con ruedas traqueteaba por las vías, yo hice lo que estuvo en mi mano para mantener a los niños distraídos con historias y canciones, pero fueron muy pocos los que me hicieron caso. Me rendí definitivamente cuando una anciana comenzó a gritar:

–¡Cállate! ¡Cállate ya!

Nuestro tren se detuvo en muchas ocasiones, haciéndose a un

lado en los desvíos para dejar paso a los trenes de carga militares que avanzaban a toda velocidad. Quienes se turnaban para estar en la ventana leían los carteles de las estaciones por las que pasábamos y chillaban «¡Estamos en Kolín!» o «¡Estamos llegando a Olomouc!». Al oír los nombres de todas aquellas ciudades, la gente rompía a llorar de nuevo por los lugares que dejaban atrás, por las familias y las vidas que perdían.

Cuando una voz anunció fatalmente que acabábamos de cruzar la frontera con Polonia, se hizo un terrible silencio en el tren. Por muy mal que estuviéramos, por lo menos hasta entonces habíamos permanecido en la tierra que conocíamos y amábamos. Pero el tren siguió su curso.

Finalmente, tras un último traqueteo, se detuvo y oímos unas voces que hablaban en alemán, alguien más gritó:

–Es un campo enorme, con torres de vigilancia y vallas.

Antes de que pudiéramos procesar todo aquello, unos hombres de cabeza rapada con porras y palos de bambú nos sacaron de los vagones y nos colocaron en filas a base de empujones. Llevaban puesto lo que parecía un pijama de algodón de rayas azules y grises que parecía bastante áspero. Todo nuestro equipaje se quedó en los vagones, junto con los cadáveres de los que no habían sobrevivido.

Hombres, mujeres y niños fuimos transportados en camionetas un tramo, antes de que nos condujeran por un pasillo delimitado por unos alambres de espino en dirección al único edificio de la árida llanura. Seguíamos muriéndonos de sed y teníamos las extremidades entumecidas por el viaje, pero nos ordenaron avanzar sin descanso.

El adolescente que me acompañaba, Miloš, y los pocos niños que había conseguido reunir seguían pegados a mí y alzaban la mirada, horrorizados, a las siniestras torres de vigilancia que se erguían sobre unos soportes de madera. Todas estaban controladas por soldados con ametralladoras.

–¿Adónde nos llevan? –me preguntó un huérfano llamado Tomáš, en un tono de voz tan bajo como él mismo.

–Van a identificarnos y registrarnos, supongo –le dije, pero el miedo me sabotaba la voz.

No llevábamos ni quince minutos en el campo cuando nos percatamos del hedor pestilente, que no se parecía a nada que hubiéramos olido antes en la vida. Era sobrecogedor, casi animal, con la acritud añadida del olor a quemado. Más adelante, a lo lejos, unas llamas de dos metros de alto y unas espirales de humo negro y denso emanaban de una de las dos chimeneas inmensas y afiladas. Caían en torno a nosotros unos gruesos copos de polvo.

–¿Qué diantres estarán quemando? –preguntó un hombre que tenía al lado mientras arrugaba la nariz intentando desprenderse de aquel olor nauseabundo–. Sea lo que sea, apesta a rancio.

Uno de los hombres vestidos de rayas que nos guiaban masculló:

–Es lo que tiene la carne quemada.

Yo pensaba que se refería a la mala calidad de la comida del campo.

Cuando llegamos al exterior de lo que llamaban la Sauna, un oficial de las SS gritó:

–*Zieh alle Deine Kleidung aus!*

–Nos ha ordenado que nos quitemos toda la ropa –les traduje a quienes no entendían.

Varios de ellos preguntaron, horrorizados:

–¿Cómo que toda?

Algunas mujeres trataron de escapar, pero las golpearon con la culata de los rifles y las tiraron al suelo.

Me agaché como si fuera a quitarme las botas y rápidamente arranqué de la cuerda el silbato que llevaba colgado del cuello y me lo metí en la boca, haciendo de mi moflete un bolsillo y rezando para que pudiera conservar la última y más preciada de mis posesiones. «Por si en algún momento te encuentras solo o te surge algún problema, para pedir ayuda», me había dicho mi querido tío Alfred una vez, en lo que parecía que hacía una eternidad. Ahora confiaba en usarlo para pedir ayuda.

A mi alrededor, la gente se desnudaba avergonzada y Miloš y

yo ayudamos a los más pequeños a desvestirse. Desnudos como estábamos, y temblando de vergüenza, nos pusimos en la cola para que nos identificaran los recepcionistas con cara de póquer, que anotaron nuestros números y trabajos antes de mandarnos firmar y escribir la fecha en un documento; nos quitaban los formularios con tanta rapidez que no me dio tiempo a leer lo que acababa de firmar, pero sí caí en la cuenta de que había aceptado mi condena en caso de que cometiera «actos en contra de los alemanes», junto con el código «SB6».

Cuando nos llevaron a la siguiente habitación, nos metieron a la fuerza en unas duchas compartidas, mientras unos hombres y mujeres de las SS nos observaban con fustas. No dejé que Miloš y los demás se alejaran de mí y me obligué a respirar honda y lentamente; alcé la mirada hacia las alcachofas de las duchas y me recordé que no todas echaban gas tóxico.

–Pensad que, en cuestión de minutos, estaremos todos limpios otra vez –les dije a los niños.

Sus ojos atenzados por el miedo me recordaron a mi infancia, a los tiempos en los que trabajaba en el matadero de mi padre. Por aquel entonces, me preguntaba si, en el momento de mi muerte, estaría tan asustado como los animales cuando los sacrificaban. Mi alma se estremeció al recordarlo.

Un agua tibia goteaba desde lo alto. Como todos los demás, abrí la boca como un polluelo para tratar de saciar la profunda sed que tenía, pero acabé atragantándome y tosiendo en cuanto noté aquel líquido, que no era potable, en el fondo de la garganta. Nos dieron menos de un minuto para quitarnos sin jabón el hedor del vagón de encima y luego nos sacaron a empujones de la estancia. Seguíamos mojados, pero no había toallas; un grupo de prisioneras con la cabeza rapada, de pie ante unas pilas enormes de todo tipo de ropa, nos lanzaba prendas al azar, sin fijarse en la talla.

Me estaba preguntando por qué no nos entregaban uniformes a rayas como los que llevaban los otros prisioneros cuando me lanzaron lo que parecía un vestido recto de mujer. Miré a mi alrededor y lo cambié por un par de pantalones holgados que le

habían tocado a una chica. Acto seguido, me dieron unos zuecos de madera horribles y una cazadora verde que me quedaba demasiado grande, pero aproveché para meter el silbato en el bolsillo.

–Cerciórate de que los niños tengan zapatos y ropa de abrigo, Miloš –le ordené mientras yo abrigaba con una chaqueta a un adolescente que temblaba de frío.

A continuación, acompañé a los demás a la siguiente cola, sin caer en la cuenta de para qué era. No fue hasta que nos acercamos a la parte delantera cuando vi que a los prisioneros que no tenían el triángulo amarillo obligatorio cosido a la ropa les estaban entregando unos viejos, con la nacionalidad marcada con unas letras. Luego, unos hombres les pinchaban unas agujas sucias en ambos antebrazos para tatuarlos.

–¡Yo no quiero que me pinchen! –chilló Tomáš, llorando a lágrima viva.

–¡Yo tampoco! –gritaron los otros, aterrorizados.

Desesperado como estaba por tranquilizarlos, les dije:

–No duele casi nada y, ¿veis?, es solo un segundo. Además, así tendréis algo que enseñarles a vuestros amigos y parientes cuando termine la guerra: vuestro número, vuestro y de nadie más.

En el fondo, una pequeña parte de mi ser sintió cierto alivio: no tenía sentido que los nazis se tomaran la molestia de tatuarnos si tenían pensado asesinarlos, pero fueron pocos los que lo vieron de esa forma y la mayoría seguía de pie llorando y temblando. Entonces oí a un hombre preguntar:

–¿Qué es este sitio? ¿Qué nos van a hacer aquí?

Pero un guardia le dio una bofetada y le mandó guardar silencio:

–*Ruhig Sein!*

Cuando el guardia se alejó, uno de los tatuadores de más edad le respondió:

–Estás en Auschwitz.

Atolondrado como estaba, traté de buscar la lógica de aquellas palabras. En alemán, *aus* significa «por» y *schwitzen*, «sudor». ¿Acaso estábamos en un campo de concentración o se trataba de un nombre polaco? En cualquier caso, me resultaba extraño

que, en todos los años que llevaba siendo prisionero de los nazis, nunca hubiera oído hablar de ese lugar.

Miré a mi alrededor y contemplé los rostros de desconcierto en busca de alguna cara conocida; encontré a varias, como una joven artista llamada Dinah, que conocía de Brno, y el amable doctor Heller y su familia. A mi amigo Leo Janowitz lo estaban tatuando a tres filas de distancia. Estaba muy pálido y con el abrigo marrón y la camisa blanca sin cuello que llevaba parecía un monje.

Cuando llegó mi turno, me subí la manga y miré fijamente el rostro de rasgos pronunciados del prisionero que estaba a punto de marcarme. Desafiante, anuncié:

–Me llamo Fredy Hirsch.

–¿Eres alemán? –me preguntó un guardia que andaba cerca, dándome un golpe en las costillas, y cuando asentí, espetó, antes de volverse a la fila contigua–: Los alemanes están exentos. Hazte a un lado.

Temía que aquello significara que fueran a matarme, de modo que miré al hombre que ya tenía la aguja preparada y susurré:

–¿Dónde estamos?

Sin apenas alzar la mirada, con un movimiento imperceptible de los labios me dijo:

–En Auschwitz, donde acabaremos todos muertos.

Capítulo 2

Diciembre de 1941

Terezín, Checoslovaquia

Una fila serpenteante de niños, con la bufanda y el abrigo puestos, caminaban de dos en dos hacia la guardería, parlotando y dejando a su paso diminutas huellas grabadas en la nieve. Cogidos de la mano y sonrojados como estaban, parecían ajenos a las crueldades del mundo.

Me detuve para contemplarlos, pero solté un grito cuando me golpearon en la nuca con la culata de un rifle y caí como cae un tronco talado.

–*Bewegen, Juden!* –bramó un oficial de las SS, ordenándome que me moviera, mientras otro me apretaba el cañón del rifle contra el pecho.

Jadeante, me las apañé para ponerme en pie y reincorporarme al resto de los prisioneros, procedentes de la estación de tren.

Al tocarme la nuca, caí en la cuenta de que estaba sangrando y de que dos niños se habían quedado paralizados al verme, de modo que esboqué una sonrisa y alcé la mano que no estaba ensangrentada.

–Estoy bien –gesticulé sin llegar a emitir sonido, antes de recordar que hablaban otro idioma.

Ver a aquellos niños alegres me dio esperanzas. Eran los primeros residentes con los que me encontraba en la ciudad fortificada de Terezín, a unos sesenta kilómetros al norte de Praga, que los nazis acababan de convertir en un nuevo gueto, renombrado Terezín. Ese sería mi nuevo hogar y no tenía muy claro qué me iba a encontrar al pasar por debajo del arco de la entrada principal, pero fue todo un alivio descubrir que había niños.

Aquel destello de esperanza se desvaneció en cuanto vi dónde tendría que dormir. Los insalubres edificios militares, abandonados desde hacía décadas, no tenían ni calefacción ni duchas ni camas. Tampoco había rastro de la comida caliente que nos habían prometido.

Al percatarme de todo el trabajo que teníamos por delante para adecentar el gueto, le ofrecí inmediatamente mis servicios a Jakob Edelstein, el líder del Judenrat, un visionario con el que ya había trabajado y al que admiraba profundamente. Tenía treinta y ocho años, trece más que yo, y era un hombre entregado que, como yo, soñaba con salvar a todos y cada uno de los niños judíos de la persecución.

—Ah, aquí estás, Jakob —le dije cuando lo encontré instalándose en uno de los barracones más grandes, el Magdeburg. Se había construido en torno a los cuatro lados de un patio enorme que hacía las veces de campo de entrenamiento militar. Complacido como estaba por reunirme con la persona que, en el pasado, había delegado tanta responsabilidad en mí, añadí—: ¿Cómo puedo echar una mano?

El hombre de rostro delgado y lentes redondas, rodeado de embalajes y de papeleo de la asamblea, soltó una risa vacía.

—La mayoría de la gente viene a pedirme ayuda, no a ofrecerla, Fredy. Eres un regalo del cielo. Pero ¿por dónde empezar?

—Bueno, por lo que he visto, los edificios están llenos de plagas y muchos llevan años abandonados. ¿Qué clase de lugar es este?

—Era una ciudad amurallada, construida hace un siglo y medio por orden del emperador José II para defenderse de Prusia. Es una ironía, pero la forma octogonal de la ciudad se asemeja a la estrella de David y a los nazis, naturalmente, les hizo gracia.

—¿Y qué hay del complejo de edificios de ladrillo rojo que vimos al otro lado del río cuando llegamos?

—Esa es la Pequeña Fortaleza, la prisión de la Gestapo y el cuartel de las SS. Un sinnúmero de presos políticos y de miembros de la Resistencia han sido encarcelados y torturados ahí desde

la invasión alemana, por no decir que un sinnfín de personas han sido asesinadas o enviadas a campos de concentración.

Yo me estremecí.

—No pienso dejar que me lleven.

—Nos han asignado una tarea prácticamente imposible, Fredy: la de convertir esta ciudad en un gueto para los judíos de Praga —añadió Jakob con un suspiro—. Nadie se esperaba que fuera a estar tan deteriorada y ni que decir tiene que ninguno de nosotros ha hecho nunca algo así. Aunque tengamos a mil quinientos hombres del Aufbaukommando reconstruyendo la ciudad, sigue faltando madera y el agua se saca de pozos primitivos y contaminados.

—¿Cuándo empezará a llegar la gente?

—Dentro de una semana, así que será imposible terminar a tiempo. Se han venido abajo techos enteros por el peso de la nieve y tenemos que montar cocinas para alimentar miles de bocas, pero es que a nuestros hombres les está costando renovar las instalaciones de saneamiento y de electricidad.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo esperan que miles de personas sobrevivan al invierno en este sitio sin calefacción e hidratándose únicamente a base de agua contaminada? ¿Y qué pasa con los niños?

—Ahí es donde entras tú en escena, Fredy —me aseguró Jakob—. Pienso destinarte al departamento de Vivienda. No hay nadie como tú para calmar a personas desesperadas y traumatizadas. Sé que puedo dejarte a cargo de los recién llegados, en especial de los más pequeños.

Fui incapaz de conciliar el sueño aquella primera noche llena de amargura, vestido de pies a cabeza como estaba y tumbado en el suelo irregular de ladrillos de una habitación deteriorada por la humedad. Estaba apretujado entre varios miembros del Aufbaukommando, quienes roncaban a coro, y utilizaba mi mochila a modo de almohada; estaba tumbado sobre mi fino petate y contemplaba las nubes de vapor que se iban formando con mi respiración. Me levanté al alba y salí a estirar mi

cuerpo entumecido. Me puse a correr en la zona para entrar en calor, pero, luego, decidí dar un paseo a solas por la ciudad durmiente.

Terezín se había diseñado a partir de un plano ortogonal y cada una de sus calles conducía a la gran plaza central, donde se cernía una iglesia blanca junto a un imponente ayuntamiento requisado por el Alto Mando alemán. Fuera de la plaza, se amontonaban los edificios desgastados sin ventanas, que me recordaban a ancianos sin dentadura. Al pasear por el recinto, me fijé en la cantidad de entradas y garitas que había y en dónde estaban ubicadas. Se alzaban entre los escarpes impenetrables de casi diez metros y las anchas murallas, rodeadas por un foso profundo.

–Las únicas que pueden escapar de aquí son las gacelas –le conté a Jakob más tarde aquella mañana.

Él se echó a reír.

–Y yo que pensaba que eras campeón de salto con pértiga y de altura, Fredy.

–¡Eso fue cuando era más joven, estaba en forma y no llevaba dos años viviendo a base de racionamientos de guerra!

–Bueno, disfruta de tu libertad mientras puedas. En cuanto lleguen las personas desplazadas, nadie podrá salir de sus respectivos barracones, a no ser que vaya con escolta o cuente con un pase especial. Nosotros, los del consejo, tendremos permitido salir, pero no nos garantizan hasta cuándo será así.

–*Guten Morgen* –grité con alegría, en mitad del recibidor atestado; estaba decidido a que lo primero que vieran los recién llegados fuera mi rostro sonriente–. Bienvenidos a Terezín. Me llamo Fredy Hirsch.

Los que no me entendieron pidieron ayuda a otros para que les tradujeran. «Ojalá pudiera hablarles en checo», gruñí para mis adentros, pero tenía un conocimiento más bien superficial de su idioma, de modo que me encontraba en tierra ocupada hablando la lengua del enemigo.

Tal y como había predicho Jakob, en los primeros trenes habían

llegado a la vez miles de judíos deportados, cada uno de ellos con sus cincuenta *reichsmarks* y sus cincuenta kilos de pertenencias permitidos. A pesar de que traían tan pocas cosas consigo, era una odisea inscribirlos a todos, ya que debíamos encontrar alojamiento para cada uno de ellos.

–Ya sé que todo esto parece muy desconcertante en estos momentos –proseguí–, pero pronto les asignaremos un lugar donde dormir y les daremos algo que comer.

Al mirar a mi alrededor, me percaté de que muchos de ellos, cuyas figuras deformaban las múltiples capas de ropa que llevaban puestas, estaban a punto de desmayarse tras haber caminado fatigosamente entre la nieve durante dos kilómetros desde la estación. La mayoría se desplomaba sobre sus maletas nada más llegar al bloque destinado a la gestión de las llegadas, conocido como el Schleusse. Estaban demasiado cansados para dar un solo paso más; se frotaban la espalda dolorida y se descalzaban para masajearse los pies y tratar las ampollas, al tiempo que los niños lloraban sin cesar.

Observé el gentío en aquel lugar en el que era imposible respirar, en busca de los más vulnerables, y, en cuestión de minutos, reparé en un niño que permanecía a solas en mitad del caos, mordiéndose el labio inferior. Me vino a la mente el recuerdo de un niño llamado Gorrión, pero me lo saqué de la cabeza enseguida.

–¿Cómo te llamas, chico? –le dije, pero el niño se limitó a mirarme con sus enormes ojos marrones, como si estuviera demasiado asustado o cansado para hablar–. ¿Beber? –le pregunté, gestualizando.

Lo cogí de la mano y lo conduje hasta un cubo de madera. En un primer momento sorbió con reticencias el agua del gueto, pero, acto seguido, agarró el recipiente con ambas manos y tragó con tanto apremio que el agua se le derramó por el mentón. Después de darle un poco de mermelada de remolacha y de dejarlo con una pareja que tenía un hijo pequeño, oí que aparcaba en el exterior otro de los carros fúnebres de la ciudad, en el que viajaban más personas, y salí a ayudar a los que no podían entrar en

el gueto por sus propios medios a causa del cansancio. En otros tiempos, unos caballos engalanados con plumas habían tirado de aquel carro negro repleto de adornos, pero ahora tiraban de él unas bestias humanas, el Rollwagen Kommando, con el cuerpo encogido como un arco. Con expresión ausente, se dedicaban a transportar a muertos y vivos, equipaje, leña y rebanadas de pan y nunca lavaban el carro entre viajes.

—Por aquí, queridos —le indiqué a una pareja de ancianos cuando entraron trastabillando—. Que no se os olvide el equipaje.

Cogí a la mujer de la mano y vi lo pálida que se puso al reparar en la escena, lo mucho que añoraban sus ojos anegados en lágrimas su vida pasada. Me fijé en lo que traían consigo; ojalá los hubieran prevenido mejor. Llegaban a un lugar donde escaseaba la comida y el calor, y en lugar de traer ropa, ollas y sartenes habían traído la cubertería de plata.

Cuando comenzaron a bombardearme con preguntas, alcé la mano para anunciar lo siguiente:

—Una vez que pasen por el registro, les entregarán un carné de identidad y cartillas de racionamiento. —No les advertí de que registrarían con pericia sus equipajes en busca de cigarrillos, alcohol y medicamentos, junto con todo el dinero en efectivo y los objetos de valor—. El equipo médico les hará un reconocimiento a todos ustedes —añadí— para prevenir que se propaguen enfermedades.

Para que no cundiera el pánico, también omití que a los que tuvieran pulgas o piojos los raparían despiadadamente y los empaparían de un desinfectante que les provocaría tos durante toda una semana.

—Le daremos un trabajo a cualquiera que tenga un oficio práctico, así que, por favor, si pueden ayudar en las obras de construcción o de reparación, hágannoslo saber. También buscamos cocineros, personal de limpieza, médicos y enfermeras. —Como tenía ganas de encontrar a alguien que pudiera ayudarme con los niños, pregunté—: ¿Tenemos entre nosotros a cantantes, artistas o profesores?

Cuando se alzaron algunas manos cansadas, me dirigí a ellas y

hurgué en el bolsillo en busca de migajas del pan negro del gueto para dárselas a los niños más hambrientos.

—¿Cuándo vamos a cenar? —gritaron varias personas.

—Pronto.

Teniendo en cuenta que las cocinas apenas funcionaban, la «cena» consistiría en un poco de pan y un cuenco de sopa hecha a base de harina de lentejas o nabos, además de una taza de agua caliente con un leve sabor a té o a café. No volverían a comer nada hasta la mañana siguiente, cuando se les daría un desayuno similar; al mediodía, más sopa junto con una patata al horno y, con suerte, fideos, salami o un trozo de carne de caballo. Pero nada de todo eso acabaría con el más cruel de los enemigos del gueto: el hambre.

Oí cierta conmoción en una esquina y me acerqué apresuradamente. Una adolescente en los huesos se había desmayado mientras hacía cola para las letrinas.

—¿Quién es la madre? —pregunté, al tiempo que me arrodillaba junto a ella.

Coloqué su cabeza en mis brazos y saqué del bolsillo sales aromáticas. Entre balbuceos, fue recobrando el reconocimiento, acompañada de una tos seca que casi la ahogaba.

—Ya estás mejor —le dije con una sonrisa.

—*Tata*. ¿Dónde está *tata*? —preguntó la chica mientras le caían las lágrimas.

—A tu padre lo estarán alojando en uno de los barracones para hombres, cariño. Puede que te permitan visitarlo el domingo...

—Me detuve y pregunté—: Dime, ¿cómo te llamas?

—Zuzana —respondió débilmente, sentándose y recolocándose la cinta que llevaba en el cabello moreno enmarañado.

—*Wie alt bist du?* —probé a preguntar en alemán; debía de tener unos once años.

—Catorce. Siempre he sido más bien pequeña para mi edad.

—Hablas alemán perfectamente —le dije.

Con orgullo, me explicó que también hablaba francés, eslovaco y polaco. Cuando se recobró del todo, la ayudé a ponerse en pie

y la dejé en brazos de su madre, que estaba preocupada por ella. Retomé mis tareas, contento de haber encontrado una intérprete.

Era especialmente difícil acompañar a los recién llegados a su alojamiento después de inscribirlos y tenía que dar lo mejor de mí para tratar de levantar la moral de la gente. Al ver las caras de sorpresa que ponían cuando entraban en una habitación sin camas, en la que hacía un frío que se le metía a uno en los huesos, yo les decía con alegría:

–Dentro de un día o dos llegarán sacos para que los llenemos de paja y los usemos de colchones.

Como si eso fuera a cambiar algo.

Aquella idea puso a muchas mujeres histéricas. En cuanto se enteraron de que a cada una se les había asignado unos pocos metros de suelo, que tendrían que dormir tumbadas las unas al lado de las otras como sardinas en lata y no tendrían más que un saco para acomodarse, empezaron a quejarse.

–¡Esto no está bien!

–¡No puede esperar que nos apretujemos todas aquí dentro!

–Tiene que tratarse de un grave error.

Zuzana a duras penas se las arreglaba para traducírmelo todo rápidamente. Incluso su elegante madre, vestida con un traje hecho a medida, estuvo a punto de desmayarse al ver su habitación y empalideció al caer en la cuenta de que se esperaba que fuesen a vivir, dormir, lavarse y desnudarse en presencia de desconocidas.

Rodeado de todo ese ruido y confusión, encontré a un niño pequeño con el semblante triste. Mientras se frotaba solemnemente la punta de los dos zapatos por detrás de los gemelos para eliminar cualquier mancha, alzó la mirada hacia mí y me dijo:

–Me voy a poner perdido en el suelo.

Me agaché para darle unas palmaditas en la cabeza y le dije:

–Es solo una temporada, te lo prometo. Dejaremos este sitio reluciente más pronto que tarde. Tú pórtate bien para que tu madre esté contenta.

Cogí en brazos a otro que todavía estaba aprendiendo a andar, toqué el silbato y comencé a agrupar a los más pequeños para llevarlos afuera y jugar con ellos mientras las madres se recuperaban. Los conduje al patio cubierto de nieve y les pregunté:
–¿Quién sabe jugar al pillapilla? El que más tiempo dure sin que lo pillen recibirá una cucharada extra de mermelada.

Capítulo 3

Junio de 1924

Aquisgrán, Alemania

La espada refulgía a la luz del sol matinal y cegó brevemente al hombre que la afilaba. Satisfecho con lo cortante que había quedado la hoja, le cortó repentinamente el cuello al cordero, con los ojos bien abiertos, que colgaba de un gancho por las pezuñas. Cuando la criatura soltó un gorjeo repulsivo, vomité el desayuno.

–¡Alfred! –exclamó mi padre, con el rostro desencajado por la decepción–. Contrólate, chico. Si sigues así nunca serás un maestro de la carnicería.

Mientras me limpiaba la boca con el dorso de la mano, me alejé trastabillando, avergonzado. Tenía ocho años y me moría de ganas de complacer a mi padre, pero nunca lo conseguía, a diferencia de mi hermano Paul, apuesto y carismático, el ojo derecho de la familia.

Regresé a la carrera a nuestra casa, a dos bloques de distancia, en Aquisgrán, la ciudad más al oeste de Alemania, y encontré a Paul en su habitación con sus libros de hebreo, estudiando para convertirse en rabino. Si bien nuestra madre lo alentaba a seguir su vocación, nuestro padre había mantenido la esperanza en secreto de que su primogénito tomara las riendas del negocio familiar, al igual que yo. Ahora me tocaba a mí hacerme cargo, con renuencia, del cuchillo.

–He vuelto a vomitar... –le dije a mi hermano, sentándome al borde de su cama mientras balanceaba las piernas, que no me llegaban al suelo.

Entre suspiros, alzó los ojos y me dedicó una mirada cargada de simpatía.

–Ay, Fredy. ¿Y qué ha dicho papá?

–Se ha enfadado –respondí, mirando por la ventana, angustiado. Paul soltó su pluma.

–Pero no se enfada de verdad. El problema es que le gustaría tener unos hijos de los que estar orgulloso; tú mismo has visto la noticia que envié al periódico cuando naciste.

–Claro –respondí.

El recorte de periódico colgaba de la pared del salón. En él se anunciaba el nacimiento de su *zweiter Kriegsjunge*, o «segundo hijo de guerra», el 11 de febrero de 1916. En mitad de un cruento conflicto bélico, del que mi padre quedó exento por su oficio, a mí se me presentó como a otro hijo del Reich, mientras miles de hombres fallecían en las trincheras justo al otro lado de la frontera.

–Pero no es solo porque sea escrupuloso, ¿no? –me quejé, recordando la cara que ponía mi padre cada vez que me echaba atrás cuando me servían otro trozo de carne en el plato–. Sigue pensando que soy demasiado crío para mi edad.

La queja más recurrente de mi padre era que debería estar fuerte como un toro, como se esperaba del hijo de un carnicero; le sentaba mal que estuviera tan delgado. «Si tu hermano tiene un apetito estupendo y sanísimo –me decía siempre–, ¿por qué tú no tienes el mismo?».

–¿Por qué no le dices lo que piensas de verdad sobre la carne? –sugirió Paul, volviendo a centrarse en sus libros.

Yo seguía balanceando las piernas. Me resultaba imposible explicar en palabras lo mal que me parecía comerme un ternero que me había frotado la mano con la nariz aterciopelada mientras me contemplaba con confianza. Como sabía de corazón que nunca podría hacerme cargo del matadero o convertirme en un maestro carnicero, decidí buscar otra manera de impresionarlo.

Encontré la solución durante una de mis muchas caminatas por los bosques de Eifel, adonde Paul y yo íbamos casi todos los domingos junto con la asociación de jóvenes de nuestra sinagoga. Al pasear por los senderos verdosos o correr campo a través por las riberas de ríos y lagos, me sorprendió descubrir que tenía mucho

más aguante que la mayoría de niños. Incluso era más fuerte que mi hermano; era la primera vez que lo aventajaba en algo.

—Estas colinas son lo tuyo, Fredy —me dijo Paul con melancolía un día, después de que una caminata de ocho kilómetros lo dejara dolorido por una lesión que se había hecho practicando deporte. Me detuve para cargar con su mochila, además de la mía, y esbocé una amplia sonrisa cuando añadió—: Es en la buena tierra del Todopoderoso donde te sentirás más cerca del cielo.

Al ver a mi alrededor, supe que mi hermano estaba en lo cierto: sumirme en aquella naturaleza frondosa siempre me henchía de gracia. La iridiscencia del ala de una mariposa llenaba mi corazón de paz tanto como cuando encontraba el nido de un pájaro, en especial si la base estaba cubierta de suaves plumas. Avistar un jabalí o un ciervo en una pradera me emocionaba mucho más que cualquier tebeo que hubiera leído y acampar toda la noche junto a una cascada me quitaba el aliento de pura gratitud. Cuando me unía a la naturaleza en un solo ser bajo las estrellas, en lo único en lo que pensaba era en desnudarme, sumergirme en el agua helada y emerger renacido.

Más allá de la sensación de libertad que me proporcionaba estar al aire libre, tenía una motivación secreta: puede que nunca llegara a ser un buen carnicero, pero, si mejoraba mi condición física, sabía que enorgullecería a mi padre, a aquel hombre de hombros anchos y fuerte complexión masculina.

Al descender de la colina aquel día, llevando toda la carga mientras Paul cojeaba detrás de mí, comencé a pensar que mi padre últimamente estaba un poco cambiado. Ya no era el de siempre. Él achacaba la falta de energía a la continua desgracia de nuestro país, que había perdido la guerra dos años después de que yo naciera, una derrota que parecía chuparle la sangre. «¿Cómo vamos a reponernos de una humillación como esta? —despotricaba a menudo—. ¿De qué manera se va a recuperar Alemania si se nos obliga a pagar toda una fortuna de reparaciones?».

Lo único que yo sabía era que, cuando nos obligaron a ceder territorio, se había generado cierta inquietud social. Yo mismo lo

había presenciado un día de camino a casa al salir de la escuela. Al doblar la esquina en Jakobstrasse, me encontré con un grupo de trabajadores al que se dirigía un estridente líder del sindicato:

–Nuestro Ejército Imperial no perdió esta guerra en el campo de batalla –vociferaba a través de un cono de metal–. ¡La perdimos porque nos apuñalaron por la espalda los comunistas, los socialistas y los judíos!

Notando que la sangre se agolpaba en mis mejillas, agaché la cabeza, aceleré el paso y me apresuré a dejar atrás a la multitud enfurecida mientras me preguntaba qué diantres teníamos que ver nosotros con que Alemania hubiera perdido la guerra. Hasta entonces, aparte de un niño de nuestro barrio, nadie había dicho nada desagradable ni sobre mí ni sobre mi familia, al menos que yo supiera, de modo que aquello me desconcertó mucho.

Cuando me refugié en casa, le pregunté a Paul a qué se refería el líder del sindicato y este, encogiéndose de hombros, me contestó:

–El pueblo judío siempre ha sido perseguido y, probablemente, siempre lo será.

Yo estaba atónito.

–Pero ¿por qué, Paul? ¿Qué hemos hecho nosotros?

–Los de derechas nos temen porque destacamos y nos ven como una amenaza. Otros, simple y llanamente, no entienden nuestras tradiciones. Como a los cristianos no se les permitía ejercer la usura, fuimos nosotros los que cumplimos esa función y a nadie le gusta deber dinero. Sea cual sea la razón, las diferencias generan miedo y el miedo puede llegar a transformarse en odio.

Aquella explicación tan natural me devastó. Hasta entonces, yo me identificaba en primer lugar como alemán y, en segundo, como judío, por lo que consideraba que mi familia era una parte integral de una comunidad más amplia. Incluso había asistido a procesiones cristianas y me habían encantado por los trajes y el dramatismo. Nunca se me había pasado por la cabeza que la gente pudiera verlo de otra manera.

Ardía en deseos de conversar al respecto con un adulto, pero

mi madre estaba demasiado ocupada hojeando sus revistas de páginas brillantes mientras se quejaba de que tenía que reducir gastos y mi padre estaba cada vez más taciturno porque no dejaba de perder clientes.

–Hoy solo se han pasado cinco personas por la tienda –me dijo cuando volvió a casa del trabajo una noche, depositando un paquete de carne en la mesa de la cocina con la mandíbula tensa.

Al ver que se me había descompuesto el rostro, mi padre trató de esbozar una sonrisa.

–No nos vamos a venir abajo, ¿a que no? Ya lo dice el proverbio, Fredy: aquel que no es capaz de superar los malos tiempos no vivirá para ver los buenos.

–Esta noche me quedaré para ordenar los libros, Herr Steil –me ofrecí al final de la clase mientras mis amigos me lanzaban miradas insinuantes por ser un *goodie-zwei-schube*.

Les guiñé el ojo, como si me trajera algo entre manos, e hice un mohín de espaldas a nuestro profesor para que se rieran, pero, como este parecía que tenía ojos por todos lados, se dio la vuelta y me sorprendió en plena faena.

Después de que Paul me pusiera sobre aviso, había decidido que la mejor manera de agradecer a las personas era serles de ayuda y Herr Steil fue el primero con el que puse a prueba mi plan: era mi profesor preferido, nos enseñaba religión y poesía y, pese a que era estricto, era un hombre amable, sensible, me llamaba *mein Junge* y era el único que no nos golpeaba los nudillos o nos atizaba con una vara. Mientras colocaba los libros en la estantería y él corregía redacciones sentado a la mesa, me puse a tararear la melodía favorita de mi padre, el *Himno a la alegría*, de Beethoven; su letra, tan optimista, siempre me conmovía. Mi padre me alentó a aprender a tocar la guitarra en el colegio y, más tarde, la flauta. De él también había heredado el don por la música y mis amplias capacidades.

–¿Sabías que Beethoven estaba sordo cuando escribió esa melodía?

La voz, que provenía de mis espaldas, me sacó de mi ensimismamiento. Herr Steil me observaba.

–¿De verdad, señor?

–Sí, Alfred. Componía música prácticamente de memoria. ¿No te parece increíble?

–Sí, señor.

No dijo nada más y permaneció sentado; fue entonces cuando me percaté de que podría ser la persona indicada con la que conversar..., si es que yo lograba reunir el valor necesario.

–¿Hay algo que te inquieta, Alfred? –me preguntó y, al alzar la mirada hacia sus ojos color azul claro, me pregunté cómo se habría dado cuenta.

–Bueno, la verdad es que sí, señor.

–¿De qué se trata?

Me acerqué dos pasos y me senté en una silla antes de soltar:

–Mi hermano dice que todo el mundo nos odia.

Herr Steil frunció el ceño.

–¿A quiénes? ¿A ti y a tu hermano?

–Sí, y a todos los judíos.

Él asintió, cayendo en la cuenta al momento.

–¿Y por qué piensa eso?

–Porque perdimos la guerra, porque prestamos dinero y... No me acuerdo de los demás motivos, pero había muchos más.

Esbozó una sonrisa inescrutable.

–Alfred, de eso no estoy tan seguro, pero lo que sí sé es que todos somos víctimas de algún prejuicio en un momento u otro de nuestra vida. Lo único que podemos controlar es nuestra reacción.

Fruncí el ceño.

–¿Ha dicho usted «prejuicio»?

Se levantó y cogió un libro enorme.

–Vamos a buscarlo en el diccionario, ¿te parece?

Me hizo un gesto para que me acercara y me miró fijamente mientras yo pasaba el dedo por la página en busca de la palabra. Al encontrarla, me costó entender la definición.

–Pre-juicio: idea pre... pre...

–Preconcebida.

–Idea preconcebida... que no está... fundada... en la razón... o la experiencia.

–¿Lo entiendes? –Negué con la cabeza–. Significa que, en ocasiones, las personas deciden que les caes bien o mal incluso aunque nunca te hayan visto ni sepan cómo eres de verdad.

–Pero ¡eso no es justo!

–No, no es justo, Alfred, y lo injusto sienta mal y la gente se entristece o se enfada. ¿Conoces la canción infantil *Stock und Stein*?

Yo asentí.

–*Stock und Stein brechen mein Gebein, doch Worte bringen keine Pein.*

–Efectivamente. Muy bien, Alfred. «Los palos y las piedras me rompen los huesos, pero las palabras no me duelen nada». ¿Y por qué crees tú que no duelen?

Me llevé la mano a los labios y vacilé unos instantes.

–Pues no lo sé, señor.

–No duelen siempre y cuando uno decida que no le van a hacer daño. ¿Lo entiendes?

–Creo que sí, señor.

–A medida que crezcas, Alfred, conocerás a todo tipo de gente, pero no les caerás bien a todos. Eso, en todo caso, no importa: sé fiel a los que sí les caes bien y olvídate de los demás.

–¿Que me olvide, señor?

–Sí o, mejor aún, acércate a ellos, dales la mano en señal de amistad y sonríeles: demuéstales que sus palabras o su actitud no te duelen. Así no podrán hacerte daño.

Mientras reflexionaba al respecto, asentí.

–Lo he entendido, señor. Gracias.

Desde entonces, hice como la mayoría de los niños de mi edad y me concentré en lo que más me interesaba: haciendo caso omiso de cualquier comentario hiriente, me entregué de lleno al teatro, al deporte y al amor por la naturaleza, que me libraban del hastío de estudiar.

Otra de mis aficiones era cuidar del huerto de la escuela, donde se cultivaban alimentos frescos para las familias más pobres de la zona. Yo era siempre más feliz con tierra en las uñas que con vísceras, plumas y pieles. Una ventaja imprevista de pasar tanto tiempo haciendo ejercicio al aire libre fue que, al fortalecerme y desarrollar tanta masa muscular, comencé a mejorar en las clases de Educación Física.

–¡Otra medalla, Fredy! –se emocionó mi padre el día en el que mi escuela celebraba la Jornada del Deporte y yo conseguí seis premios–. Enhorabuena, hijo mío. Los pondremos en el salón, junto con el resto.

–Gracias, papá –contesté con entusiasmo, contento de haberme redimido.

Luego, en las duchas del colegio, comparé mi físico con los cuerpos pálidos, flácidos, de mis compañeros, a quienes me refería burlonamente como *kleinen Würstchen*, «pequeñas salchichas». Aquella misma noche, mientras contemplaba mi reflejo en el espejo del baño, decidí que empezaba a gustarme mi aspecto: moreno, en forma y sano. Estaba tan complacido conmigo mismo que irrumpí en el cuarto de mi hermano para anunciar:

–Un día competiré en los Juegos Olímpicos.

Lo tenía todo planeado: calculaba que mi mejor momento físico coincidiría con los XI Juegos Olímpicos de 1936. Sería la ocasión idónea, dieciocho años después de la guerra, para restaurar yo mismo el orgullo de la nación. Me lo imaginaba a la perfección, sobre todo la expresión de mi padre cuando subiera al podio con una reluciente medalla de oro en torno al cuello.

Paul se rio de mí, pero ya nada podía desalentarme.

–Piensa lo que quieras, hermano, no me importa. Me convertiré en un judío del que se enorgullezca todo el país.

Como al fin tenía un propósito, dejé de sentirme indispuerto cuando trabajaba con mi padre después del colegio y, por primera vez, me di cuenta de lo mucho que necesitaba mi ayuda. Nunca olvidaré el día en el que alcé la mirada y me percaté de que mi padre tenía un problema muy serio. Estaba colgando un costado

de vacuno del gancho que pendía del techo, movimiento que había hecho miles de veces antes, pero, esa vez, casi cayó aplastado por el peso. Solté un grito ahogado.

–Papá, ¿estás bien?

Estaba agachado y chorreaba sudor, pero se volteó para mirarme con sus ojos profundos y me gritó:

–¿Qué estás mirando? Sigue trabajando.

Acto seguido, aunó fuerzas para terminar la tarea, tambaleándose y con la respiración entrecortada.

En cuestión de semanas, el hombre que yo consideraba imbatible acabó postrado en la cama, víctima de una enfermedad a la que nadie puso nombre.

–No debe haber ningún ruido ni nada que le moleste en esta casa –ordenó nuestro médico de familia, el doctor Klender, cuando cerró la puerta de la habitación de invitados, donde ahora mi padre yacía en la penumbra–. Es de vital importancia que descanse.

–¿Y qué pasa con la tienda? ¿Cómo vamos a salir adelante? –se lamentó mi madre, retorciéndose las manos.

–¿No puede confiársela a su hermano Alfred? –propuso el médico–. A fin de cuentas, es un empresario de éxito.

El hombre por el que me habían puesto este nombre, Alfred Heinemann, de cuarenta años, era un sastre y tenía una empresa textil en Renania. Yo no lo conocía mucho, pero, cuando nací, me envió un perrito de peluche al que llamé Emil. Tenía el pelo gris, ojos negros de cristal y una chapa de la marca Steiff en la oreja. No podía dormir sin él por las noches.

Cuando Alfred llegó a Aquisgrán, como una tormenta de verano que da tregua al calor, me causó curiosidad de inmediato. Era alto, atractivo, con una «complexión prusiana», como solía decirse, había visto mundo y me llenaba la cabeza de historias.

–En Nueva York están los edificios más altos del mundo –me dijo en una ocasión; tenía el reluciente cabello moreno engominado con *Haarpomade*–. Se llaman «rascacielos» porque parece que rascan los cielos.

—¿Y cuál es el más alto de todos, *Onkel*? —pregunté yo, absorto.

—El edificio Woolworth, en Manhattan. Costó más de trece millones de dólares y mide doscientos cincuenta metros de alto. Tiene cincuenta plantas de oficinas y sus ascensores se desplazan a doscientos metros por minuto. Casi me sangró la nariz cuando me metí en uno para ver las vistas desde arriba.

Yo cerraba los ojos y me mareaba solo de pensarlo. Ardía en deseos de aprender todo lo posible de un hombre cuya vida me resultaba tan impresionante. No solo imponía por su aspecto físico, sino porque tenía un sentido de la moda impecable y no solo para impresionar a sus clientes.

—Ve siempre de punta en blanco, Fredy —me aconsejó cuando me tomó las medidas para prepararme mi primer par de pantalones largos, junto con una chaqueta a juego. Le colgaba una cinta métrica del cuello y reculó unos instantes para contemplarme fijamente—. Eres un jovencito muy apuesto, que conste, y, si sigues cuidándote y mejorando tu físico, causarás una buena impresión a todas las personas que conozcas. —Mientras sostenía unos alfileres entre los dientes, añadió, guiñándome un ojo—: Lo digo por las chicas.

Yo notaba que me ardían las mejillas del sonrojo y, al fijarme en la cara horrorizada que había puesto en el espejo, desvié la mirada inmediatamente.

Animado por el deseo de impresionarlo, lo llevé a mi ruta preferida por el bosque y le mostré todos los lugares que siempre había anhelado enseñarle a mi padre. Agachándome, con los pantalones cortos y los calcetines largos puestos, subí hasta la cumbre de una colina, en busca del venado blanco que en una ocasión había visto beber con ansia del lago con su larga lengua rosada.

—El venado es una criatura insólita y legendaria —le expliqué—: se dice que su pureza demuestra la existencia del inframundo y que ejerce de mensajero. Yo solo he visto uno y me dejó sin palabras.

Aquel día no logramos avistarlo, pero sí que vimos un torcecuello euroasiático, un tipo de pájaro carpintero poco frecuente que tiene la capacidad de girar la cabeza casi ciento ochenta grados. Y, en

mitad de nuestra caminata, nos cruzamos con un senderista que nos confundió por padre e hijo y le comenté a mi tío:

–Qué jovencito más extraordinario. Debe de estar muy orgulloso de ser su *tato*.

Alfred no ofreció respuesta alguna, pero a mí se me hinchó el pecho como el de una paloma.

–Debes comprarte un buen par de prismáticos, Fredy –insistió luego, cuando yo coloqué las manos sobre los ojos para observar un gavián que volaba en círculos por el cielo–. Te sorprenderán todas las cosas que podrás ver en grande. Ah, y un silbato, por si en algún momento te encuentras solo o te surge algún problema, para pedir ayuda.

No quise decirle que jamás se me ocurriría pedir unos regalos como aquellos a mis padres. En lugar de eso, durante meses traté de aprender a silbar con el pulgar y el índice, tal y como veía que hacía Alfred, pero lo único que conseguía emitir era un zumbido decepcionante.

Ahora que mi tío estaba al frente de nuestro negocio, además del suyo propio, mi madre pareció disiparse de nuestra vida y tan solo la veíamos cuando regresaba a casa a las tantas después de echar unas partidas al *bridge*, un juego con el que antes se divertían ella y mi padre juntos. Yo permanecía tumbado en la cama mientras la escuchaba tararear una melodía y descalzarse y pensaba: «No hagas ruido, mamá. ¿Es que no sabes que papá se está muriendo?». Cierto era que nadie me había dicho estas últimas palabras explícitamente, pero pude colegir, a raíz de la expresión del doctor Klender cada vez que se presentaba con más dosis de morfina, que la vida de mi padre se estaba desvaneciendo.

Fue la semana antes de mi décimo cumpleaños cuando al fin sucumbió a lo que fuera que lo estuviera matando. Tenía cuarenta y cuatro años.

–Venid a presentarle vuestros respetos –nos dijo nuestra madre, al tiempo que nos metía en la habitación del difunto, frunciendo los labios con tanta fuerza que el polvo facial se le cuarteó.

Cuando Paul se puso a rezar y a balancearse, mi madre me empujó hacia la cama.

Boquiabierto, me quedé mirando la piel cerosa del único progenitor que había mostrado algo de interés en mí; fijé la mirada en su pecho, a la espera de percibir un temblor ahí donde había latido su corazón en vida. Tenía monedas colocadas sobre unos párpados que jamás volverían a abrirse y yo me preguntaba si, cuando llegó el final, había estado asustado.

Al día siguiente, cuando me vestí para el funeral, me puse el traje nuevo de color gris que me había preparado mi tío y caí en la cuenta de que lo había hecho para ese día en concreto. Me quedaba holgado, pero me habría gustado que me viera mi padre. Tal y como dictaba la tradición, nuestra pequeña familia guardó *shivá* durante toda una semana y recibimos a los invitados: mi madre, con un velo negro puesto, asentía en señal de agradecimiento y mi hermano llevaba la voz cantante de las plegarias. Paul, que se tomaba el tema de la muerte muy en serio por su aspiración de llegar a ser rabino, aprovechó la coyuntura para ensayar.

Entre visita y visita, yo deambulaba por el salón para probar la comida que nos traía la gente; me engullía el *späetzle* y el *babka*, comía algún que otro rollito de col relleno y *latkes*. Cuando le di un bocado al pastel de semillas favorito de mi padre, se me anegaron los ojos en lágrimas y grité a los cielos:

—Mira, papá, por fin se me ha abierto el apetito.

No fue hasta que concluyó el *shivá* cuando me percaté de que mi cumpleaños había pasado completamente inadvertido. El *Geburtstag* era todo un acontecimiento y me había perdido la oportunidad de celebrarlo «desde que sale el sol hasta que se pone» y de librarme de las tareas del hogar y de los deberes, como era costumbre. No hubo ni pastel ni corona de papel ni tan siquiera un regalo. Incluso *Onkel* Alfred se olvidó y, después de ayudar a mi madre a vender lo que quedaba de la carnicería, nos dejó y retomó su otra vida.

—Pórtate bien, Fredy. No te olvides de todo lo que te he enseña-

do –me dijo, dándome unas palmaditas como si fuera un perro abandonado, antes de marcharse de mi vida.

Su marcha casi me dolió más que la muerte de mi padre y solo entonces rompí a llorar. Apreté a Emil contra mi pecho y derramé lágrimas de amargura sobre la almohada que antes había sido de mi padre.

En cuanto Alfred se fue, todos los muebles de nuestra casa se cubrieron con unas sábanas blancas y a Paul y a mí nos mandaron a la casa de unos parientes, pues mi madre se iba de viaje.

–Me marcho. –Fue lo único que nos dijo a modo de explicación. Mientras yo miraba desolado las sombras que formaban las sillas, ella le dijo a Paul–: Cuida de tu hermano.

Prácticamente huérfanos, con aquellas pocas palabras nuestra madre nos arrancó de la vida que siempre habíamos dado por sentada.

–Tú no te preocupes, Fredy –trató de consolarme Paul–. Mamá volverá a casa pronto y todo volverá a ser como antes.

Se equivocaba: tardó todo un año en regresar y, para entonces, tenía un nuevo marido y un apellido diferente. Daba la sensación de que mi padre nunca había existido.